

Capítulo XI: Puebla. Nopalucan. Orizaba. Potrero

Edward Burnett Tylor

Traducción: Leif Korsbaek

(Publicación original: Tylor, Edward Burnett (1861). *Anahuac, or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern* (pp. 281-309). Londres: Longman, Green, Longman & Roberts.

Llegamos a Puebla por la tarde y nos pareció una ciudad española muy bonita, con calles rectas pavimentadas y hermosas casas de piedra. Nos intrigarón “los pasadizos”, una especie de espacios pavimentados que atravesaban las calles a breves intervalos, obstaculizando el progreso de las carretas que tuvieron que subirse a ellos y bajarlos por rampas inclinadas. Sin embargo, por la noche nos dimos cuenta de su sentido, ya que cayó una tormentosa lluvia que, cinco minutos después de la primera gota, convirtió cada calle en un río furioso. Durante media hora los pasadizos cumplieron su función, dejando al agua pasar por debajo y a los peatones atravesar la calle sin mojarse. Finalmente, el agua barrió todo, a través de puentes y todo, aunque esto solo duró unos pocos minutos, y después la calle era otra vez transitable. En términos generales, los puentes de hierro con ruedas que se pueden ver en las calles de las ciudades sicilianas, listos para ser colocados a través de las calles cada vez que los carriles se inundan, son mejores.

Juzgando la vista de Puebla nunca habríamos pensado que acababa de ser objeto de un sitio ya que, aparte del resanado en la plaza central, donde las balas de cañón habían impactado en las casas en las orillas de la plaza, no quedaban huellas de él.

Investigamos concienzudamente sobre el lugar sitiado y decidimos que no encontramos información que justificara una revisión de nuestra anterior estimación de veinticinco bajas –un uno por ciento del número indicado en los manifiestos del gobierno. Entre las bajas, escuchamos la de un inglés que había salido para presenciar la diversión pero que, al regresar a su casa, fue herido de una manera particularmente vergonzosa.

Las revoluciones y los sitios conforman curiosos episodios de la vida de los comerciantes extranjeros en la república. Quizás su comercio florece -muchos compradores y buenos precios-, y cientos de mulas viajan por el camino, trayendo mercancías desde la costa. Y de repente se produce un pronunciamiento. Las paredes en la calle se cubren de proclamas, la mitad del ejército se solidariza con uno de los lados y la otra mitad con el otro. Grupos de voluntarios y oficiales autonombrados se afilian a los dos lados con la esperanza de participar en saqueos en el momento o de futuras remuneraciones. Surgen barricadas en las calles y, por momentos, se oye el estruendo de cañones y el fuego esparcido por mosquetes desde los tejados planos; de vez en cuando matan a algún ciudadano inocente pero causan poco daño al enemigo.

El comercio termina abruptamente. Nuestro comerciante se procura provisiones para la casa, cierra las persianas de la calle, echa llave a los portones principales y se retira del mundo durante una semana, dos semanas, un mes o dos, como sea. Durante nuestra estancia allá no se exponía a ningún peligro muy grande, pues ninguno de los dos partidos le era hostil; y si una bala de cañón perdida diera en su casa, o si los insurgentes hiriesen a su cocinero al salir de una expedición en búsqueda de carne fresca, sería solamente por accidente.

Ya que la casa de contaduría no tenía ni oficio ni beneficio, la energía probablemente se dedicaría a revisar los libros de contaduría, pero cuando todo había terminado, quedaría poco por hacer, aparte de practicar el tiro con pistola o celebrar torneos en el patio y enseñarles a los caballos a rayar, mientras que el jefe de la casa se quedaba sentado en su sillón, pensando y calculando cuantos de sus deudores habrían sido arruinados y pensando cuántas de sus mulas cargadas de mercancías habrían alcanzado seguridad y cuántas habrían sido tomadas por una banda o por la otra.

Al fin termina la revolución. El nuevo presidente es investido con pomposos discursos. Los periódicos anuncian que finalmente ahora ha comenzado el reino glorioso de justicia, orden y prosperidad. Si hubiera llegado el milenio, no habría sido posible hacerle más propaganda. Nuestro amigo desafortunado que sale de su cueva para escuchar desagradables noticias acerca de los deudores que se han escapado y paquetes confiscados, tiene que iluminar su casa y dedicar su energía a reestablecer algo parecido al orden en sus asuntos.

Desde que salimos del país las cosas se han puesto peores todavía. Antes, todo lo que los comerciantes extranjeros tenía que sufrir eran las miserias incidentales de un estado de guerra civil. Ahora, a los líderes revolucionarios los encarcelan, y si las amenazas no son suficientes, entonces les exprimen préstamos forzados, de forma muy similar a lo que hizo el Rey Juan con los judíos.

Incluso en tiempos de paz las mercancías importadas deben ser caras en México. En un país donde se tienen que cargar casi trescientas millas a lomo de mula y donde el crédito es tan largo que el comerciante nunca tiene la esperanza de ver su dinero de vuelta en menos de dos años, no se puede esperar que éste venda muy barato. Pero las revoluciones ininterrumpidas y la inseguridad de la propiedad empeoran las cosas, y a uno le extraña que el comercio exterior sea posible.

Uno de nuestros amigos tenía tres o cuatrocientas mulas en camino hacia dentro del país, cargadas con algodón norteamericano para su molino, cuando empezó exactamente la revolución de Haro. Sin embargo, le salió mucho mejor que la mayoría de la gente, pues, pese al disgusto de las autoridades legítimas, bajó al campo del enemigo y le dio al jefe revolucionario un dólar por cada fardo por dejarlos pasar.

Como se puede suponer, las transacciones comerciales frecuentemente asumen características muy peculiares aquí. Cosas curiosas suceden en los estados orientales, pero la gente nos cuenta que no son nada en comparación con lo que sucede en la costa del Pacífico, donde los comerciantes instigan una revolución cuando sus barcos aparecen en el horizonte y expulsan a los oficiales de aduana, que no vuelven a ocupar sus puestos hasta que las cargas valiosas ya están de camino hacia el interior del país.

Nos divirtió un tanto un pequeño incidente que sucedió en Veracruz, según recuerdo. Cuando el gobierno se encuentra con problemas, una de las formas predilectas de conseguir dinero es vender – a muy bajo precio, por supuesto– órdenes a la oficina de aduana para dejar pasar cierta cantidad de mercancías sin cobrarles arancel. Una transacción de este tipo se realizó entre el Ministro de

Finanzas y una casa comercial que ofreció dinero en efectivo a cambio de una orden de dejar pasar muchos centenares de fardos de algodón, libre de aduana. Sin embargo, cuando el barco llegó al puerto, el capitán yanqui llevó consigo un manifiesto de carga que presentó con una amplia sonrisa en su cara. Los inspectores bajaron a pasarle revista al barco, y se quedaron con la boca abierta. Allí estaban los fardos de algodón, pero ¡qué fardos! Para que pasaran por la escotilla se tenían que apretar y empujar. Los oficiales de la aduana protestaron en balde. La orden indicaba tal cantidad de fardos de algodón, y estos monstruos inflados eran fardos de algodón, por tanto no hubo discusión, y el comerciante los envió triunfalmente a la Ciudad de México.

Para nosotros, Puebla carecía de interés como ciudad. La habían construido los españoles y la llamaban Puebla de los Ángeles porque los ángeles habían participado en la construcción de la catedral, lo que no les da crédito en lo referente al buen gusto. Sus adornos costosos en oro, plata, joyas y variedades de mármol son extraordinarios, pero no se sabe qué admirar más, el valor y la belleza de los materiales o la absoluta fealdad de los diseños.

Vimos la fiesta de Corpus Cristi durante nuestra estancia en Puebla, pero hasta cierto punto nos sentimos decepcionados por la ostentación de plata y vestimentas con joyas del clero, pues por su intento por destituir a Comonfort, el mismo clero había sido fuertemente multado, de manera que en la actual situación mantuvieron sus riquezas discretamente en el segundo plano, exhibiéndola lo menos posible. Para nosotros, la parte más interesante de la ceremonia eran las procesiones de indígenas de los pueblos de alrededor, cuyos participantes vestían coronas de flores y cargaban Madonnas en arqueros de ramos verdes y flores.

A la cabeza de cada procesión iba un indígena golpeando un tambor, tap, tap, tap, sin el más mínimo ritmo. Las otras procesiones con estolas y doseles, con los oficiales de la ciudad vestidos de gala y con guantes amarillos, fueron eventos bastante insípidos.

Ni durante esta ceremonia ni durante la Semana Santa se exhibieron milagros de ningún tipo, como en las actuaciones de la Madonna en Palermo, que los carreteros de la ciudad llevan durante la Semana Santa, y que llora, sacando lágrimas reales en un pañuelo de batista; y no se hace nada en el país como la iluminación del fuego griego o el derretimiento de la sangre de San Genaro.

Puebla es en gran medida propiedad del clero, que domina aquí. En un pueblo con alrededor de sesenta mil habitantes encontramos setenta y dos iglesias, algunas de ellas de dimensiones considerables. Es el foco del partido católico, cuya oposición sostenida y terca a cualquier reforma es una de las causas de la infeliz situación política del país. Como es costumbre en ciudades con una catedral, la calidad moral del pueblo es bastante más baja que en otras partes. Ya he mencionado que los ingresos de la Iglesia Mexicana son muy grandes. Tejada estima que los ingresos anuales son de veinte millones de dólares, más que el ingreso total del Estado; pero esta estimación es mucho más elevada que la de cualquier otra autoridad. Él señala que la iglesia siempre ha hecho todo lo posible para esconder sus riquezas, lo que probablemente toma en cuenta. De todos modos, pienso que podemos estimar los ingresos anuales de la iglesia alrededor de diez millones de dólares, o sea dos millones de libras esterlinas, dos terceras partes de los ingresos del Estado.

No hay nada extraordinario en que la iglesia se haya hecho rica por medio de las acumulaciones durante tres siglos en una colonia española, donde las costumbres en el siglo XVIII quedaron en gran medida idénticas a las del siglo XVI, y la práctica de donarle grandes propiedades a la iglesia quedó vigente muchos años después de que hubiera sido abandonada en Europa. Eso puede parecer una declaración extraordinaria, pero, si recordamos que en tiempos de Felipe II la mitad de toda la

propiedad privada en España pertenecía a la iglesia, entonces ya no parece tan raro. El rasgo extraordinario del caso es que hay solamente 4.600 eclesiásticos en el país, contando tanto el clero reglar como el seglar. Su número ha decrecido de forma continua durante años. En 1826 eran 6.000, en 1844 se había reducido a 5.200, y en 1856 había bajado a 4.600, y una estimación conservadora nos daría alrededor de 200 libras por cada monje. Una buena parte de este ingreso se queda probablemente para acumulación, pero, cuando recordamos que el pago que reciben los curas en el campo es muy bajo, frecuentemente no más que entre treinta y cincuenta libras, entonces los ingresos que quedan para los dignatarios y los monjes deben ser sustanciosos. Uno esperaría que una profesión con tales premios para regalar fuera cada día más codiciada, y no puedo explicar porque no es así. Es cierto que la vida de los eclesiásticos es cualquier cosa menos respetable, y que la profesión tiene un olor tan feo que muchos padres de familia, a pesar de ser buenos católicos, no dejarían a un cura entrar a su casa; pero, por lo general, la mala reputación de oficios que aseguran grandes ingresos con poco trabajo no desalienta a los mexicanos.

La mala conducta del clero mexicano, especialmente la de los monjes, es del dominio público, y cada autor que escribe acerca de México lo menciona, desde los tiempos del padre Gage, el padre inglés que viajaba con monjes españoles a través del país en 1625, describiendo al clero y el pueblo como los vio. Estaba disgustado con sus costumbres y cuando regresó a Inglaterra se convirtió al protestantismo y murió como vicario de Deal.

Para mostrar cómo es la disciplina monástica les contaré un cuento, y solamente uno. Un británico, conocido mío, iba bajando por la Calle de San Francisco tarde, por la noche, y vio a un hombre que había sido apuñalado en la calle, cerca del portón del monasterio. La gente mandó a buscar a un confesor en el monasterio para el moribundo, pero no encontraron a ninguno. En el lugar había solamente un monje, y estaba enfermo en cama. Los demás se estaban divirtiendo en la ciudad o profundamente dormidos en sus hogares, en el seno de sus familias.

Sin embargo, tenemos que hacer excepciones en nuestra condena del clero mexicano. Muchos de los curas en el campo llevan una vida ejemplar, y hacen actos buenos. También se comportan así los sacerdotes de la Orden de San Vicente de Paúl, y las hermanas de la Caridad, con las cuales están asociados. Pero pocos de ellos, sacerdotes o hermanas, son mexicanos.

Entre las cosas curiosas que encontramos en Puebla, en la tienda de un viejo comerciante de cosas viejas de hierro, se encontraban dos o tres látigos hechos de cadenas ligeras de hierro con puntas proyectando en los eslabones –instrumentos terribles generalmente usados alguna vez. En la actualidad, algunas noches se concentran los penitentes en las iglesias, en oscuridad total, arrodillándose en la banquetta, y se autoflagelan, mientras que un monje en el púlpito grita ferozmente exhortaciones para golpearse con más fuerza. Esta descripción nos lleva de regreso al origen egipcio de esta rara costumbre, y recordamos la fiesta anual de Isis en la cual la multitud se autoflagelaba en memoria de los sufrimientos de Osiris. Se cuenta de un individuo escéptico que ganó acceso a esta ceremonia postulando una gran devoción y que llevó a cabo terribles hazañas sobre las espaldas de penitentes arrodillados. Antes de que empezara, el lugar resonaba con gritos y gemidos de dolor, pero se dio cuenta de que los lamentos que surgieron en el momento que él golpeaba no eran igual a los anteriores, sino que tenían un acento totalmente diferente. La costumbre de flagelación devocional existe todavía en Roma, pero de una forma muy suave, pues los penitentes se quedan con su abrigo puesto y solamente utilizan un pequeño látigo de cuerdas muy delgadas y con un pequeño pedazo de plomo en la punta de cada cuerda, a diferencia de las sangrientas herramientas que encontramos en Puebla.

Parece que los sacerdotes en México tenían gran influencia entre las mujeres de toda clase, entre las indígenas y las mestizas pobres y de escasa educación. Los hombres de las clases más altas, sobre todo los más jóvenes, no parecían tener mucho respeto por los sacerdotes o por la religión, y realmente nos parecía que eran escépticos, muy al estilo de la escuela francesa de librepensadores. Fue curioso ver a los jóvenes elegantes, vestidos con sus ropas más finas, parados en la puerta de las iglesias más exquisitas en la mañana del domingo. Aparentemente, ninguno de ellos fue a escuchar misa, sino que sencillamente iban para ver a las muchachas, las cuales tuvieron que correr entre dos vallas de estos jóvenes críticos al salir de la iglesia. Sin embargo, no daba la impresión de que les molestara ser observadas. Por otro lado, los mestizos más pobres y los indígenas son todavía fervientemente religiosos y gastan su tiempo y su dinero en misas y obligaciones religiosas de una manera tan perseverante que uno desearía que tuvieran una religión que les sirviera de algo. En la actual situación no puedo asegurar que el cristianismo haya mejorado al pueblo mexicano. Es cierto que ya no sacrifican a sus enemigos, pero para contrarrestar este avance tenemos que descontarles una gran deshonestidad y una inmoralidad general que probablemente cancela el avance mencionado.

En la práctica, no hay mucha diferencia entre el viejo paganismo y el nuevo cristianismo. Podemos hacer caso omiso de los dogmas. Los escuchan y creen devotamente en ellos, y no los entienden en absoluto. Recibieron a la Inmaculada Concepción, igual que ya antes habían recibido muchos misterios, y estaban muy felices de tener otra ocasión para decorarse a sí mismos y a sus iglesias con flores, caminando en procesiones, bailando, tocando tambores y echando cohetes a la luz del día como es su costumbre. La esencia de ambas religiones es la misma para ellos. Tenían dioses, a quienes construyeron templos y en cuyo honor dieron ofrendas, mantenían sacerdotes, bailaban, y caminaban en procesiones –en buena parte tal y como lo hacen en la actualidad-, para que sus divinidades les favorezcan y les den una buena cosecha y éxito en sus quehaceres. Eso es en gran medida el contenido de su cristiandad actual. Como una fuerza moral, obrando sobre el carácter del pueblo, parece que apenas ha tenido el más leve efecto, excepto, como ya mencioné, en hacer que abolieran el sacrificio humano que, de todos modos, probablemente no era un rasgo original de su religión, sino que había sido introducido tardíamente y que ya uno de sus reyes casi había abolido.

Los indígenas muestran todavía gran veneración por los sacerdotes. Heller ilustra este sentimiento muy bien cuando nos cuenta cómo una vez pasó por el campo a caballo vistiendo una larga manta negra y se encontró a unos indígenas en el camino que se arrodillaron cuando pasaba, pidiendo que los bendijera, sin tomar en cuenta el profundo lodo y sus calzones de manta blancos. Sin embargo, eso fue hace diez años, y dudo mucho que la manta les consiguiera tanta veneración ahora. La mejor medida de la influencia de la iglesia es el hecho de que cuando México adoptó un régimen republicano, imitando a los Estados Unidos, se decidió que no se toleraría otra iglesia que la católica romana en el país; y esta ley sigue siendo uno de los pilares del Estado, donde la libertad e igualdad universal, la libertad de prensa y la intolerancia religiosa absoluta conforman un revoltijo bastante raro. Es curioso observar que, aunque la independencia confirmaba la autoridad de la religión católica romana, redujo considerablemente los ingresos de la iglesia al convertir el cobro del diezmo en opcional. La iglesia por supuesto predica insistentemente la necesidad de pagar diezmo, metiendo la obligación en el catequismo, entre los diez mandamientos y los siete sacramentos, y de ninguna manera ha perdido su negocio.

Mandamos nuestros caballos al baño en Puebla. En las ciudades en México por lo regular bañan a los caballos una vez a la semana. Ya que nos encontramos en la capital, fuimos a ver el proceso y

nos divertimos mucho. Los caballos ya habían venido antes y entraron por su propia voluntad por un portón en un callejón ruin; cuando estaban adentro, empezaron a bailar y brincar de una manera tan descontrolada que los mozos a duras penas lograron controlarlos mientras les quitaban las bridas y las sillas. Luego bajaron su cabeza y saltaron a un gran cobertizo con una especie de piso con polvo y con una profundidad de varias pulgadas, en el cual siete u ocho otros caballos estaban arrojando, pateando, cabriolando, zambullendo y literalmente relinchando de placer. No afirmo positivamente que viera a un viejo caballo blanco parado en su cabeza en el rincón, pateando con las cuatro patas al mismo tiempo, pero es seguro que hizo algo muy similar. En un momento dado, el mozo entró al cobertizo, con su cuerda tirada sobre su brazo y echó arrogantemente el lazo que, por supuesto, se acomodó alrededor del cuello del caballo indicado, quedando éste tranquilo un momento, y siguiendo las huellas del mozo de la manera más tranquila y obediente. Un caballo salió después de otro de la misma manera, nadó a través de un gran estanque lleno de agua sin protesta alguna, siendo después frotado y volviendo a casa con gran espíritu.

Aunque hace mucho tiempo que fue abolida la esclavitud en la República, existe todavía una curiosa "institución doméstica" que se parece mucho a ella. No le es peculiar a la planicie de Puebla, pero allí florece más que en cualquier otro lugar. Se llama "el peonaje" y funciona como sigue. Si alguien debe dinero y no lo puede pagar, la ley le permite a su acreedor convertirlo en esclavo o peón, hasta que la deuda haya sido liquidada. Aunque el nombre es español, creo que tenemos que buscar el origen de la costumbre en la usanza azteca que prevalecía antes de la conquista.

Un peón significa un hombre a pie, es decir, un labriego, un jornalero o un soldado de infantería. Tenemos la misma palabra en inglés, como pionero, o como peón entre ajedrecistas, pero creo que estos significados están muy lejos del significado que ha adquirido en México.

En las grandes haciendas de la región alrededor de Puebla, los labriegos indígenas se encuentran por lo general en esta condición. Les deben dinero a sus patrones y son esclavos; nominalmente lo son hasta que puedan cancelar la suma que deben pero, en la práctica, lo son para toda la vida. Aún en el caso de que ganen suficiente dinero para pagar su deuda, no es tan fácil rescindir el contrato, pues se ha fijado un día específico para hacer el corte, creo que es el lunes de la Semana Santa, inmediatamente después de una estación en la cual siglos de costumbre les han impuesto a los indígenas la obligación de gastar todo lo que tienen y todo lo que pueden obtener en préstamo en diezmo, velas y cohetes para las ceremonias religiosas de la temporada y las borracheras excesivas que forman una parte esencial de la fiesta. Se acusa a los patrones, o por lo menos a los administradores, de mistificar los estados de cuenta anuales entre el labriego y la hacienda, y es cierto que el débil conocimiento que tienen los indígenas de las matemáticas los deja totalmente indefensos en las manos de los contables; pero nunca tuvimos medios para saber si se trata de rumores sin sustento o no.

Años de esta condición de obligaciones laborales sin libertad han quitado cualquier sentimiento de independencia de las mentes de los indígenas. Sus padres eran esclavos y ellos también están muy contentos de serlo. No pueden resistir la más leve tentación a endeudarse, pues carecen por completo de dominio sobre sí mismos, y no le son insensibles a las ventajas miserables que tiene un esclavo en comparación con un trabajador libre, pues su patrón tiene un interés pecuniario en él y no le dejará sufrir hambre. Como los gatos, tienen una lealtad con el lugar en el cual viven; autores que escriben acerca de México nos cuentan que el castigo más grande que se les puede infligir es ser expulsados al mundo abierto, teniendo que ganarse la vida.

Nada de lo que podíamos observar distinguía a estos peones de los indígenas libres comunes y corrientes; y nuestro viaje apresurado a través del distrito donde prevalece este sistema no nos otorga el derecho para evaluar su funcionamiento. Solamente podemos comparar las opiniones de escritores que lo han estudiado y que hablan de él en términos de la máxima reprobación, como un deliberado abuso de la debilidad moral de los indígenas, como un medio para reducirlos a la esclavitud. Sin embargo, Sartorius apoya la opinión opuesta, culpando por completo al carácter descuidadamente improcedente de los hombres cobrizos cuyos patronos están bajo la obligación de prestarles dinero para satisfacer sus deseos urgentes, y que tienen que aceptar la única seguridad que está a su alcance. Él dice, y es cierto, que el sistema funciona mal tanto para los patronos como para los trabajadores. Cualquiera que conozca el funcionamiento del sistema común inglés de permitir a los obreros endeudarse con el fin de retenerlos permanentemente en el servicio de su patrón, se puede formar una vaga idea acerca de cómo esta esclavitud de deuda destruye la energía y la autoestima del pueblo en México.

Pero Sartorius presenta mal el asunto en un punto esencial. No es el dinero que los patronos les prestan a los peones para ayudarlos en miseria y enfermedad lo que los mantiene en esclavitud. Es el dinero que se gastan en velas de cera y en cohetes y otras tonterías similares, para la Semana Santa y Todos Santos, en la ilimitada hilera de fiestas y borracheras en los días de sus santos patronos y en la ocasión de nacimientos, muertes y bodas. Estas fiestas están totalmente fuera de proporción con los recursos de la gente, exactamente como las velas de los irlandeses, que reducen a familias enteras al estado de mendicidad. Las sumas de dinero gastadas en ellas provienen de los dueños de las haciendas que saben exactamente en qué se van a gastar. Si prefirieran que sus trabajadores estuvieran libres de deuda, podrían retener este dinero, y el hecho de que no actúen así muestra que su deseo es que sus peones se queden en un estado de esclavitud, por lo que tenemos que culpabilizarles a ellos por este sistema.

Yo he hablado de los peones como indígenas, y por lo regular lo son en los distritos que visitamos; pero viajeros que han visitado Chihuahua y otros estados en el norte nos cuentan acerca de cobradores que viajan a través de todo el país para cobrar sus deudas, y donde la deuda no es pagada, en su lugar toman a los deudores –no solamente indígenas cobrizos, sino también mestizos casi blancos.

México es uno de los países donde más salta a la vista el contraste entre la gran riqueza y la gran pobreza. Ningún viajero entra al país sin notar esta diferencia. La masa del pueblo apenas se encuentra al nivel del mundo, y hay unos pocos capitalistas cuyos ingresos difícilmente encuentran su igual en Inglaterra o en Rusia. Sin embargo, esta situación no ha producido una aristocracia permanente.

La historia general de las grandes fortunas se repite con monótona regularidad. Mineros afortunados y especuladores astutos, que han logrado combinar el don de la acumulación con la capacidad de la adquisición, frecuentemente ganaron enormes fortunas. Los mineros son los que han ganado las fortunas más grandes, y con la máxima rapidez. Las fortunas de dos o tres millones de libras esterlinas no son extraordinarias ahora, y en la historia del siglo pasado a menudo las encontramos. Pero raras veces parecen haber durado muchos años. Antes de la independencia, el capitalista solía comprar un título de nobleza, y dejarles a sus hijos grandes sumas para mantener la nueva dignidad; pero por lo regular parece que la única cosa que hicieron fue desperdiciar su herencia, y entonces encontramos, en la tercera o la cuarta generación, a la familia de vuelta en su pobreza original.

En México es fácil ganar dinero, a pesar de los periódicos desórdenes que prevalecen. En los distritos mineros la mayor parte de los hombres ganan dinero de un momento o en otro. El problema está en quedarse con el dinero. Parece que no hay mejor escuela para aprender a ser capitalista que ser tendero, y especialmente cerca de una mina. Una buena parte de todo el dinero que es ganado y de todo el dinero que se pierde termina en su caja. Quien sea que tenga suerte en una especulación en una mina, tiene una parte de la ganancia, y cuando las cosas van bien él está en el lugar para ganar.

Una vez que un hombre se haya convertido en capitalista, hay muchas maneras ventajosas de invertir su dinero. Las minas y las fábricas de algodón pagan bien, igual que las haciendas ganaderas en el norte, cuando uno logra encontrar a un administrador honesto; y descontar las facturas de los comerciantes es un buen negocio. Pero los monopolios -como la concesión del impuesto sobre el tabaco, la moneda y aquellas misteriosas transacciones con el gobierno en las que el dinero sonante es intercambiado por el permiso de pasar mercancías en la aduana, y las demás transacciones financieras para aquellos que conocen los trucos y las mistificaciones en aquella asombrosa institución, el departamento de finanzas de México- son mucho mejores que estas inversiones ordinarias

Fuimos a caballo de Puebla a Orizaba. Amozoque, que es el primer lugar en el camino, es famoso por sus espuelas, y allí compramos algunas. Son de acero azul, con tiras de plata incrustadas, y las rodajas son una especie de granaje, de una pulgada y media a tres pulgadas de diámetro. Parecen como instrumentos terroríficos, pero las puntas de las rodajas son completamente romas, y lo que hace al caballo caminar es menos por el dolor que les causan que por el constante retañir, que aumentan pedazos de acero que se colocan exactamente con este fin. Por monstruosas que sean las espuelas que se usan en la actualidad, son pequeñas si se comparan con las que se usaban hace un siglo o dos. Leemos de espuelas de oro y de plata con rodajas en forma de estrellas de cinco puntas que miden seis pulgadas de diámetro. Estas ya no se usan, y parece que han sido fundidas, pues casi nunca se ven; pero en el baratillo en México compramos unas espuelas de acero tan grandes como aquellas.

Mi compañero mandó unos pares de espuelas mexicanas a la exposición de arte de Manchester, como las que nosotros y todo el mundo usaba. Fueron incluidas entre los armazones medievales, y allá causaron gran admiración.

Esa noche dormimos en Nopalucan, y el día siguiente continuamos hasta San Antonio Abajo, un pequeño pueblo escondido al pie de la montaña de Orizaba. Nuestra aventura más destacada en el transcurso de la jornada a caballo fue cuando descubrimos que nuestro camino desvió de algo así como una milla, rodeando un hermoso césped verde, el cual valientemente atravesamos, casi malparando nuestros caballos, pues el suelo estaba totalmente trasminado por topos, y a cada tres pasos las patas del caballo se hundieron en un hoyo profundo. Tuvimos que bajar de los caballos y guiarlos de regreso a la carretera jalándolos por la brida.

En el paisaje de este distrito de México, Orizaba es el rasgo dominante. Es un punto en la línea de volcanes que se extienden a través del continente de Este a Oeste y, como el Popocatepetl, es una montaña cónica aproximadamente de la misma altura, aunque las mediciones varían entre veinte pies la más alta a sesenta pies la más baja. El cráter ha caído a un lado, dejando una mella profunda que se ve claramente desde abajo. Los viajeros que la han ascendido nos cuentan que en la actualidad el cráter, igual que el de Popocatepetl, se encuentra en condición de azufrera, emanando chorros de vapor y gases de ácido sulfúrico. Hace unos trescientos años sus erupciones eran frecuentes, y su

nombre mexicano, Citlaltépetl, “la montaña de la estrella”, nos lleva de regreso en el tiempo a un momento en el que mostraba, en la oscuridad, una luz similar a una estrella desde su cráter, como la de Stromboli en la actualidad, cuando se ve desde lejos.

San Antonio es un curioso pequeño pueblo, visitado por arrieros y contrabandistas. El tabaco, el principal artículo de contrabando, es cultivado en la planicie más abajo; y cuando es transportado por las veredas entre las montañas le es difícil a cualquier oficial de aduana detectarlo. Cuando había gobierno, a veces había peleas entre los oficiales del gobierno y los contrabandistas; pero ahora, si las dos partes se encuentran, se arregla el asunto a la satisfacción de ambas partes con unos tantos dólares, de manera que el contrabando, aunque sigue siendo lucrativo, de ninguna manera es tan excitante como solía ser.

En el camino hacia San Antonio vimos vestigios antiguos en las orillas de la carretera, pero no tuvimos tiempo para llevar a cabo una observación regular. Dormimos en colchones húmedos en uno de los cuartos de la posada, donde las aves pasaron la noche en las vigas encima de nosotros, y durante la madrugada se pasearon por encima de nuestras caras de una manera sumamente desagradable. Salimos antes del amanecer, y una bajada por una carretera retorcida a través de un bosque de pinos y robles nos llevó, alrededor de las siete de la mañana, desde la región de los pinos y el centeno al distrito donde florecían el tabaco y la caña de azúcar, al nivel de 3000 a 4000 pies sobre el nivel del mar.

Encontramos un grupo de gente vistosa en el valle, dos mujeres y cinco o seis hombres, todos montados en buenos caballos, y vestidos con extrema elegancia a la moda del rancharo mexicano – sombreros con alas amplias y con serpientes de oro o de plata por bandas de sombrero, y ropa y sillas brillando de plata. En el momento que pasaron, Martín se nos acercó y nos dijo que él los conocía; eran los asaltantes de camino más temerarios en México. Si hubiéramos empezado nuestro viaje una o dos horas más tarde, los habríamos encontrado en el bosque y entonces sí tendríamos una aventura para contar. El caso es que nuestro descenso de tres mil pies nos había llevado de una región de ladrones a una donde nunca se oye acerca de asaltantes de caminos, a menos que baje una partida de las tierras altas en una expedición de merodeo. Es un hecho incuestionable que los ladrones mexicanos, cuyas hazañas se han convertido en noticias a nivel mundial, pertenecen todos a las regiones templadas de las planicies, de la tierra fría. Cuando uno se encuentra en la tierra templada, o en la tierra caliente, las regiones templadas o cálidas, entonces ya no se escuchan noticias de ellos; o, por lo menos, así es el asunto en las partes de México que nosotros visitamos. La razón es evidente; es solamente en las planicies donde los blancos, que prefieren una región con un clima no muy diferente del de Castilla, se establecieron en cantidades importantes, y es allí donde los criollos y los mestizos predominan, y ellos son los ladrones.

Atravesamos grandes mesas de grava que las corrientes de la montaña habían cortado en zanjas profundas, y luego seguimos las riberas del río, entre plantaciones de tabaco que parecían camas de lechuga. Cuando pasamos por el valle vimos una curiosa nube oscura que se quedaba suspendida encima de unos campos al lado del río. Nuestros hombres, que ya habían visto este fenómeno antes, lo reconocieron inmediatamente como una nube de langostas y, saliéndonos de la carretera los encontramos cuando acababan de sentarse en un grupo de árboles en una pradera. Las langostas cubrieron las ramas y el follaje hasta que se vio solamente el contorno de los árboles, mientras que el resto de la nube de langostas se asentó en un seto verde y en el pasto. Fuimos allá y las bajamos con golpes de nuestros látigos de montar y nos llevamos especímenes en nuestros sombreros; pero las langostas supervivientes no nos hicieron caso y en diez minutos dejaron los árboles como

esqueletos, sin hojas y corteza, y avanzaron a través del campo en una masa densa hacia unos árboles frutales un poco alejados de allí. Durante los días siguientes, cuando encontramos viajeros en el camino, o paramos en el umbral de una cabaña para pedir una lumbrera o algo de tomar y conversamos unos minutos con los habitantes, nos dimos cuenta de que nuestro descenso por el paso de la montaña nos había llevado a un nuevo espacio de intereses. Noticias del gobierno y del partido revolucionario no provocaron ninguna curiosidad, y menos todavía información acerca de los ladrones. La pregunta fue en cada casa “¿de dónde vienen, señores?” –y cuando contestábamos, “¿estaban allí las langostas?”. Estaban devastando el país entero, y las recompensas importantes que se les ofrecieron a los campesinos, aunque causaron la entrega de toneladas de langostas muertas, apenas parecieron reducir su número. El disparo de fusiles tenía un efecto ligero, ahuyentando enjambres de langostas, y en algunas partes de la región se oían disparos de mosquetes todo el día, a intervalos breves. El hecho de que en seis semanas el desastre duplicó el precio del trigo en el distrito, nos puede dar una idea de las dimensiones de la destrucción que causaron las langostas. Afortunadamente aparecen solamente una vez cada medio siglo.

Habíamos avanzado unas cien millas por un paisaje accidentado durante las últimas cuarenta y ocho horas, y estábamos contentos de descansar en Orizaba; pero en la madrugada del tercer día, de nuevo nos encontramos en la silla del caballo, en compañía de un nuevo amigo, el administrador inglés del molino de algodón en Orizaba. Hasta que abandonamos la carretera principal, las tierras parecían bien cultivadas, con plantaciones de tabaco, café y caña de azúcar, pero cuando entramos a los caminos secundarios y nos fuimos a campo a través, entonces encontramos bosques y parches de pasto, pero poca tierra bajo cultivo, hasta que llegamos al pueblo indígena que habíamos hecho grandes esfuerzos por visitar, Amatlán, es decir “El lugar del papel”.

El arreglo de este pueblo era muy similar al que ya he descrito, con sus chozas dispersas de bejuco y techos de hojas de palmera, pero la vegetación nos indicó un clima más tropical. En los campos grandes, propiedad comunal del pueblo, estaban sembradas piñas en filas apretadas, madurándose en este mismo momento; y plátanos, con hojas anchas y racimos pesados, crecían en el pequeño jardín que pertenecía a cada choza. Los habitantes nos miraron ariscamente y contestaron cortantemente nuestras preguntas. Nos dirigimos a la casa del alcalde indígena que declaró que no había nada para tomar o comer en el pueblo, a pesar de que estábamos parados en su puerta viendo los hilos de plátanos que colgaban del techo, y a las ancianas cocinando. Sin embargo, cuando el Señor G. se presentó, el viejo se volvió más tratable, y pronto nos encontramos sentados en petates y bancos dentro de la casa, en excelentes términos con todo el pueblo. La vida de esta gente es bastante sencilla, y se acomoda bien a su hermoso clima. Los blancos nunca se han metido mucho en su vida, y durante siglos su orgullo ha sido mezclarse lo menos posible con el hombre blanco, de quienes hablan cortésmente como coyotes. El sacerdote era mestizo y, como lo expresó el alcalde, era el único coyote en la comunidad; pero su oficio sagrado neutralizó la aversión que sus parroquianos sentían hacia su raza.

Estas comunidades indígenas siempre lograron producir para ellas mismas casi todo lo que era preciso para satisfacer sus necesidades, pero recientemente la ley de oferta y demanda había empezado a subvertir este principio, y la tela de algodón, hilada y tejida en la casa, está cediendo al material más barato que producen las fábricas. Aunque son reticentes a aceptar a europeos entre ellos, ellos mismos no se oponen a salir de sus comunidades y trabajar en las plantaciones por un buen salario. Sin embargo, los que salen de su ambiente llevan consigo, al regresar, gustos y necesidades que antes eran desconocidos y que son incompatibles con su manera primitiva de vivir.

Otro hábito, que tampoco les es ventajoso, los lleva a tener contacto con la “gente de razón”. Son excesivamente litigiosos y sus continuos casos legales los llevan a las grandes ciudades donde se encuentran los juzgados, y donde los salarios de los abogados absorben una gran parte de sus ahorros. Hay una relación natural entre la agricultura y los casos legales, y el gusto por escrituras y juramentos duros es tan notable entre este pueblo de campesinos como lo es entre nuestros granjeros en Inglaterra.

Teóricamente, los indígenas viven en sus comunidades bajo el régimen del gobierno general, como lo hace cualquier otro ciudadano; pues, con el establecimiento de la república, las reglas de la discriminación civil que los habían mantenido agachados durante tres siglos fueron todas abolidas de cuajo, y la gente cobriza tiene su derecho al voto y son elegibles para cualquier oficio. Pero en la práctica, estas ventajas no llegan a tener mucha importancia en la actualidad, pues la costumbre, que es más fuerte que la ley, los mantiene bajo el gobierno de su propia aristocracia, compuesta por ciertas familias cuya nobleza data de antes de la conquista, y siempre fue reconocida por los españoles. Estos indígenas nobles parecen ser tan mugrosos, ignorantes y flojos como los plebeyos –los labriegos de campo ordinarios, o “manos de tierra” (tlalmaitl)-, como los llamaban en los antiguos tiempos -y un extranjero no puede reconocer sus demandas de superioridad en sus casas, su vestimenta, lengua o porte; pero sí son las familias patricias, y el republicanismo todavía no les ha arrebatado su poder sobre los demás indígenas. Antes, cuando hubo solamente pocos hombres blancos o de sangre mixta, le convenía al gobierno español mantener la autoridad de estas familias, que cobraban impuestos y administraban los asuntos públicos de las pequeñas comunidades. Fue la gente común la que sufrió bajo este arreglo, porque los alcaldes de su propia raza los engañaban sin clemencia, y los trataban más duramente aún que sus gobernantes blancos, igual que, en una plantación con esclavos, un capataz negro es mucho más aplacable que un blanco.

Cerca de algunas de las casas notamos esta curiosa costumbre –el temascal, que corresponde exactamente al baño de vapor de los rusos. Es una especie de horno en el cual se mete la persona que se quiere bañar a gatas y se acuesta, y las piedras en un extremo son calentadas por un fuego afuera. Se riega agua fría sobre estas piedras y el espacio se llena de un vapor sofocante. Y cuando uno siente que ya ha sudado suficiente, sale de nuevo, y se le echan jarras de agua fría encima. Luego se viste (lo que es un proceso muy rápido, pues viste solamente una camisa y un calzón), y come, sintiéndose muy refrescado. Si tomara solamente el baño frío, dejando el agua caliente para su ropa (que lo necesitaba mucho), le resultaría mucho mejor, pues su constante indulgencia en este lujo enervante, lo debilita mucho.

Para nosotros, la cuestión más interesante acerca de este distrito era: ¿porqué hay tan pocos indígenas? En el Estado de Veracruz hay cinco mil leguas cuadradas, y alrededor de cincuenta habitantes por legua cuadrada. Consideremos ahora la mitad del Estado, la mitad que se encuentra a nivel bajo sobre el nivel del mar, demasiado caliente e insalubre para ser habitada por el hombre, suponiendo que toda la población del Estado se concentrara en la otra mitad, que se encuentra en las tierras entre tres mil y seis mil pies sobre el nivel del mar.. Eso no está muy lejos de la verdad, proporcionándonos una cifra de cien habitantes por legua cuadrada –cerca de la sexta parte de la población de Puebla, en un clima que podemos comparar al del norte de Italia, y donde los principales productos son maíz y granos europeos.

En el distrito de la parte más baja de la región templada, del cual estamos hablando, parece que la naturaleza había hecho todo lo posible para la formación de una población densa. El plátano crece en la parte más baja de esta región favorecida, una planta que apenas necesita labor en su cultivo;

según la estimación más moderada, comparando una acre de trigo con una acre de plátano, los plátanos soportarían veinte veces más gente que el trigo. Aunque es una fruta de un sabor dulce, bastante empalagosa, y aceptable para nosotros los europeos, solamente como un elemento pequeño de nuestra dieta complicada, los indígenas que han crecido en los distritos donde florece, se pueden alimentar casi exclusivamente con él, exactamente como los habitantes del norte de África se alimentan con dátiles.

En la parte superior de este distrito, donde ya no crece el plátano, las plantas nutritivas dan una inmensa cosecha con un trabajo muy fácil. La yucca que produce mandioca, arroz, batatas dulces y batatas ;todas crecen bien aquí, y el maíz da una cosecha de entre 200 y 300 veces. Según la teoría aceptada entre los economistas políticos, donde la tierra produce abundantes alimentos para el hombre con poco trabajo, allí deberíamos esperar encontrar una población prolífica, a menos que se encuentren otras causas que actúen en su contra.

La historia del país, hasta donde nosotros la conocemos, indica un movimiento en dirección opuesta. A juzgar por las numerosas ciudades que los españoles invasores encontraron en el distrito, el número de hombres armados que podían movilizar y la abundancia de provisiones, tenemos que aceptar que la población en aquel tiempo fuera más densa que en la actualidad; y las numerosas ruinas de asentamientos indígenas, que existen en la región superior templada, constituyen una evidencia incuestionable de la anterior existencia de un pueblo de agricultores, posiblemente diez veces más numeroso que en la actualidad. Las ruinas de sus fortificaciones y de sus templos están todavía a la vista en gran cantidad, y la tierra está llena de los vestigios de su alfarería y de sus armas en una gran región.

No es fácil decidir hasta qué punto estos asentamientos fueron despoblados por guerras antes de la conquista española. Durante el proceso de la conquista no opusieron mucha resistencia a los invasores europeos y en consecuencia escaparon de la destrucción masiva que les tocó a los habitantes más patrióticos en las regiones más altas. Desde entonces, la vida en el país ha sido bastante tranquila, y aún desde la Independencia de México, las guerras y las revoluciones que tanto daño le han hecho a los habitantes de las planicies, aquí no se han sentido mucho.

Analizando las estadísticas mexicanas tenemos en gran medida que apoyarnos en suposiciones. Una investigación superficial muestra, sin embargo, que el cálculo que se ha hecho en México, al efecto de que el incremento de la población sea entre uno y dos por ciento, es incorrecto. La población actual del país ha sido estimada en un poco menos de ocho millones; y parece que en 1806, de acuerdo a las mejores autoridades que hemos podido localizar, la población era de poco menos de seis millones. Aún esta tasa de incremento, una tercera parte cada medio siglo, es mucho más elevada que la tasa desde la conquista ya que, a esta tasa, una población de poco más de un millón y cuarto habría producido el número de habitantes que se calcula que tenemos en la actualidad, y no podemos suponer, como un cálculo mínimo, que la población de México inmediatamente después del sitio, haya sido inferior a tres o cuatro millones. Así que, por mal que progrese el país en términos de incremento de población, aproximadamente medio por ciento al año, mientras que el incremento es superior a un por ciento y medio en Inglaterra, y dos veces más en los Estados Unidos, podemos vislumbrar una mejora en comparación con los tiempos de la colonia española, cuando era casi estacionario.

¿Porqué este país tan fértil y hermoso tiene solamente una pequeña fracción de los habitantes que anteriormente lo ocupaba? Es evidente que la razón no es un clima desfavorable al hombre, pues

este distrito no tiene que aguantar el calor intenso y las fiebres pestilentes de las tierras bajas que se encuentran más cerca al mar.

Es un hecho notable que los vestigios de los asentamientos antiguos por lo general se encuentran por encima del distrito donde crece el plátano; y cuanto más subamos desde el mar, más abundantemente encontraremos los signos de una población antigua, hasta alcanzar el nivel de 8000 pies, o un poco más alto. Los habitantes actuales son distribuidos de acuerdo a la misma regla, creciendo su número de acuerdo a la elevación, de 3.000 pies a 8.000, y luego la severidad del clima causa una reducción rápida.

Al hacer estas observaciones, dejo a un lado la cuestión de las tierras costañas cálidas e insalubres de las tierras calientes, y las planicies frías y relativamente estériles de la tierra fría, limitándome a la parte del país que se encuentra entre las altitudes de 3.000 y 8.000 pies, límites entre los cuales florecen las razas europeas bajo circunstancias climáticas que también era conveniente para las diversas razas mexicanas, que probablemente habían llegado desde un país norteño más frío. Ahora, si empezamos a descender desde el nivel del altiplano mexicano –digamos 8.000 pies sobre el nivel del mar– encontramos que con menos trabajo el cultivador se proporcionara alimentos del suelo, hasta que encontremos el límite del plátano, donde deberíamos encontrar una población muy densa, como de los chinos en sus regiones de arroz, o de los habitantes de Egipto en tiempos de Herodoto. Pero la situación obedece a una regla exactamente opuesta; la tierra del plátano es terreno desierto, y entre más suba el viajero, más abundante se vuelve tanto la población actual como los vestigios de asentamientos antiguos.

Supongo que tenemos que buscar la razón en las costumbres y la constitución de las tribus que colonizaron el país, y prefirieron asentarse en un clima similar al de su tierra nativa, sin pensar en la labor excedente que les sería necesaria para obtener sus alimentos. Los invasores han actuado exactamente de la misma manera; y la distribución del hombre blanco y de los habitantes casi blancos obedecen a la misma regla que los indígenas.

Hasta aquí el asunto es comprensible, basándonos en el principio de que la constitución y los hábitos de las razas, que sucesivamente se han establecido en el país, hayan sido suficientemente fuertes como para prevalecer sobre la regla que regula la oferta de hombres por la abundancia de los alimentos, pero eso no explica el hecho de una actual disminución de los habitantes de los distritos más bajos templados. No eran meramente tribus migratorias, quedándose durante unos pocos años antes de volver a mudarse. Se habían quedado establecidos suficiente tiempo como para haberse aclimatado perfectamente y, sin embargo, bajo circunstancias aparentemente tan favorables para su incremento, durante siglos disminuían, y posiblemente siguen haciéndolo aún en la actualidad.

La única solución comprensible que encuentro a este problema es la de Sartorius, cuya obra acerca de México es bien conocida en Alemania y ha sido traducida y publicada en Inglaterra. Las observaciones de este autor acerca de la condición de los indígenas son muy valiosas y, ya que era colono durante muchos años exactamente en este distrito, lo podemos considerar una excelente autoridad al respecto. Según él, el meollo del problema estriba en la dieta y en las costumbres del pueblo. Los niños no son destetados hasta muy tarde, y se les permite sin restricciones alimentarse todo el día con maíz cocido, o frijol, o cualquier otra dieta vegetal que la familia come. El clima no los motiva a hacer mucho ejercicio, así que no hay nada que contrarreste los efectos nocivos de este atracón con alimentos vegetales, y los pobres niños se vuelven miserablemente panzones y escrofulosos –una observación cuya verdad podemos confirmar. Una gran parte de los niños mueren

pequeños, y los que logran crecer se les daña su constitución. Viven en comunidades cerradas se casan entre parientes, así que los efectos de una vida insalubre serán reforzados y se convertirán en una enfermedad hereditaria. Y los excesos habituales tienen sus efectos sobre su constitución, aunque las cantidades de alcohol puro que consumen aparentemente no tienen efecto inmediato alguno. Entre una raza de esta condición física, las epidemias ordinarias del país – cólera, viruelas y disentería –causan terribles estragos. A menudo estas enfermedades han eliminado toda la población de un pueblo en pocos días, y una fiebre mortal que solía aparecer entre los indígenas de vez en cuando, hasta el siglo pasado, a veces causó la muerte de diez mil y veinte mil de una vez. Pienso que es justo hacer unos comentarios acerca de este problema, con la intención de mostrar que la teoría acerca de la relación entre la alimentación y la población, aunque en parte es cierta, no lo es del todo. En la región de la cual acabamos de hablar, es posible mostrar claramente que no es cierta.

Después de pasar una larga mañana con los indígenas y su cura, nos despedimos afectuosamente de ellos. Sus últimas palabras fueron unas disculpas por habernos cobrado tres peniques por cada una de las piñas que cargamos a nuestros caballos. Durante la temporada, dijeron, vendían doce piñas por seis peniques, pero la fruta estaba escasa y cara en aquel momento.

Aparte de trabajar en el molino de algodón de Orizaba, nuestro compañero era uno de los dueños de las haciendas de azúcar del Potrero, abajo de Córdoba, y del pueblo indígena todos bajamos a la hacienda a caballo, pasando la noche conversando acerca de la plantación e inspeccionando la nueva maquinaria y los molinos. Fue un placer ver a la gente llegar al pozo con sus jarras de barro, después de terminar su trabajo, en una procesión sin fin, riéndose y platicando. Eran en parte indígenas, pero con una porción considerable de sangre negra, pues en tiempos antiguos los dueños de las plantaciones trajeron al país muchos esclavos negros. Ahora, ellos y sus descendientes por supuesto son libres, y las partes más calientes de México son paraíso para esclavos que se han escapado de Louisiana y Tejas. Muy lejos de depreciar su raza, las mujeres indígenas los buscan para casarse, pues les gusta su vivacidad y su buen humor más que las costumbres más tranquilas de sus propios paisanos. Aún europeos establecidos en México a veces se casan con mujeres con sangre negra.

Nunca he observado, en país alguno, un número tan elevado de razas mixtas, cuyo origen es indicado por sus rasgos y su complexión. En Europa, las razas originales son demasiado parecidas para que los hijos de matrimonios mixtos sean notablemente diferentes de cualquiera de los padres. En América del Norte y en la India Occidental conocemos las diversas mezclas de blancos y negros, mulatos, moriscos, etc.; pero en México tenemos tres razas: españoles, mexicanos puros y negros que, con sus variaciones, producen una lista de veinticinco variedades de la raza humana que se pueden distinguir entre ellas, y con sus nombres regulares, que Mayer nos presenta en su obra, tales como mulato, mestizo, zambo, chino, etc. Aquí, todos los indígenas cobrizos son considerados como una sola raza, que no incluye en absoluto a los indígenas pieles rojas, que viven en los estados fronterizos. Si consideramos a todas las diferentes tribus que han existido en el país, o que existen todavía, podemos contar a más de ciento cincuenta, que hablan entre ellos entre cincuenta y cien lenguas diferentes.

En esta inmensa variedad de tribus podemos hacer una clasificación principal. Los hombres de una raza son de complexión cobriza y durante épocas han sido agricultores. Es solamente entre ellos que surgió la civilización mexicana y todavía quedan en el país, habiendo aceptado la autoridad de los europeos y hasta cierto grado se han mezclado con ellos a través del matrimonio. Esta clase incluye a los aztecas, acolhuas, chichimecas, zapotecos, etc., los antiguos toltecas, los indígenas de América

Central en la actualidad y, si podemos considerar que pertenezcan a la misma raza, las naciones que construyeron las ciudades que ahora se encuentran en ruinas en Palenque, Copán, Uxmal, etc. La otra raza es la de los indios rojos que habitan los estados de las praderas en el norte de México, como los apaches, comanches y navajos. Son cazadores, así como fueron siempre, y nunca preservarán su existencia al adoptar la agricultura como su base regular de subsistencia y estableciéndose pacíficamente al lado del hombre blanco. Como ha sido el caso con sus paisanos más al norte, así será también con ellos; después de pocos años, los norteamericanos se establecerán en Chihuahua y Sonora, y recordaremos solamente a estas tribus gracias a los especímenes de sus puntas de flecha de pedernal y sus pipas en colecciones de curiosidades y sus cráneos en gabinetes etnológicos.

Una de las razas más extrañas (o bien, variedades, no estoy seguro cuál es la palabra correcta) son los pintos de las tierras bajas hacia la costa pacífica. Poco antes de nuestra estancia en el país, el General Álvarez había encuartelado todo un regimiento de ellos en la capital, pero cuando llegamos habían regresado con su comandante a la tierra caliente hacia Acapulco. Se llaman pintos, o hombres pintados, porque sus caras y cuerpos están marcados con grandes manchas de un azul fuerte, como nuestros ancestros británicos; sólo que aquí la decoración es natural, y no es posible borrarla.

Tienen la fama de ser un grupo de salvajes sumamente feroces; y mal armados, como están, con destartados fusiles de chispa y espadas de hierro en hojas. Les inspiran terror a los demás cuerpos militares en México, especialmente cuando las batallas se desarrollan en la región caliente y pestilente de la costa, su tierra de origen.

Formato de citación

Tylor, Edward Burnett. (1861/2007). Capítulo XI: Puebla. Nopalucan. Orizaba. Potrero. *Athenea Digital*, 11, 348-362. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/391>



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#)

[Texto completo de la licencia](#)